

nos hace presumir de nuestras propias fuerzas mas de lo que son en realidad, el Señor movido de su bondad, nos dispensará sus poderosos auxilios, infundirá en nuestras almas una gracia eficaz, nos llamará como á los apóstoles predilectos; y obedeciendo nosotros su voz amorosa, llegaremos un día al verdadero Tabor, al monte de los cielos, á la cumbre de la felicidad. Amen.

HOMILÍA.

LA FELICIDAD VERDADERA

SOLO PUEDE CONSEGUIRSE EN EL CIELO.

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Assumit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et ducit illos in montem excelsum seorsum; et transfiguratus est ante eos.

Toma Jesus á Pedro, y á Santiago, y á Juan su hermano, y los lleva aparte á un monte alto, y se trasfiguró delante de ellos.

S. Mateo, c. 17. v. 1 y 2.

El mundo, con objeto de llamar la atención de los hombres hácia el teatro, en donde se vale de los espectáculos profanos para infundirles sus máximas, ha creído sin duda hacerlo mas apreciable, condecorándolo con el glorioso título de *escuela práctica de las costumbres*. Tal vez hablaría con mas propiedad, si lo llamara escuela práctica del desorden, de la disolución y del vicio, cuyo nombre le aplican todos ó la mayor parte de aquellos talentos extraordinarios que el Espíritu santo se ha dignado colocar en su Iglesia por directores y maestros. No es mi objeto resolver esta cuestión, mayormente careciendo de los conocimientos experimentales necesarios al efecto. Quiero suponer que, mediando una prudente y acertada elección, pueda mirarse como una recreación inocente, y que no ocasione otro perjuicio que la pérdida del tiempo, que seguramente es muy precioso. Mas ¿qué comparación cabe entre los resultados que deben esperarse de los espectáculos profanos, y el imponderable beneficio que nos proporcionan las sagradas escenas que

ofrece á nuestra consideracion la Iglesia de Jesucristo? Elijase entre aquellos el mas completamente acabado, el mas notable por todas sus circunstancias, el mejor en todo sentido; ¿podrá jamas compararse con la representacion que hoy se nos hace de la trasfiguracion gloriosa de nuestro divino Maestro? En aquellos un héroe, muchas veces fingido, que solo existe por lo regular en la imaginacion acalorada de un poeta, y que comunmente ostenta los defectos ó inclinaciones de que adolece su autor, recibe por recompensa de su heroísmo una admiracion que no conoce, ó á lo mas unos débiles aplausos que es imposible lleguen á sus oídos. En esta... oh! qué notable diferencia, qué enorme distancia, qué oposicion tan patente se descubre! En esta el Santo por esencia, el verdadero Dios manifiesta una parte de la gloria infinita que se ha merecido justamente con el heroísmo verdadero de sus virtudes, y asegura su posesion á cuantos quieran disfrutarla, dejando abierto y expedito el camino que ha de conducirlos á ella con seguridad. En los primeros se tributan exclusivamente al héroe los elogios, sin que quiepa la menor parte á los espectadores; en la segunda, si bien el héroe principal es el solo acreedor á todos los honores, delicias y bienaventuranza, se comunica sin embargo toda entera á cuantos la deseen con sinceridad.

Ah! quiera el Señor que yo acierte á delinear siquiera esta escena tan magnífica, que describe de un modo sucinto, pero sublime, el Evangelio de este dia; haciéndoos ver al mismo tiempo, cuán incapaces son todos los placeres de esta vida, aún los mas inocentes, de formar nuestra felicidad, y cuán imprudentes somos por tanto en esperarla de ellos. Así lo deseo y así lo suplico humildemente por la intercesion de su santísima Madre, que si no fué llamada á presenciar esta escena momentánea, goza en el dia y gozará en la eternidad la verdadera gloria. *Ave Maria.*

Oprimido el hombre con el enorme peso de sus culpas, daría tal vez consigo en el abismo de la desesperacion, si aquel Dios, á cuyas gracias tan infielmente ha correspondido, no se dignara ofrecerle con instancias su misericordia infinita, llamarle á grandes voces á su posesion y dar los primeros pasos para conducirle á ella; y hé aquí por donde da principio el grandio-

so espectáculo de la trasfiguracion del Señor. Tomó Jesus, dice el Evangelio, á Pedro, á Santiago y á Juan. Aquí tenemos tres apóstoles, que léjos de solicitar semejante felicidad, ni la esperaban, ni tenían la menor idea de ella. Por otra parte carecian de todo fundamento, para suponer que su Maestro les daría la preferencia entre los demas compañeros, y no tenían las luces necesarias para comprender las reiteradas promesas que les habia hecho, de que ántes de terminar su carrera mortal, verían algunos de ellos al Hijo del hombre bañado del resplandor de su gloria (1). El Señor, sin embargo de todo esto, los llama movido solamente de su amor y beneficencia: los llama, sin preceder de su parte mérito, peticion ni deseo alguno: los llama, como lo hizo con un David, con una Samaritana, con tantos otros pecadores: los llama... digo muy poco. Las palabras del Evangelio dictadas por una Sabiduría infinita expresan con demasiada claridad la intension, la vehemencia de un amor ciego é ilimitado. *Assumit*, nos dicen, *Petrum, et Jacobum, et Joannem...*, *et ducit illos in montem excelsum seorsum*: toma á los tres discípulos predilectos y los conduce á la cumbre del monte. ¡Bienaventurado el pecador, que recibe con una pronta docilidad las impresiones de la gracia con que Dios le llama! Su felicidad en tal caso es infalible; nada tiene que temer. Al beneficio de la vocacion seguirán indudablemente los mas eficaces auxilios, con los que robustecido el espíritu, podrá superar cuantas dificultades se le presenten en el camino de la felicidad.

Los toma y los lleva á un monte elevado. No quiero decir que el amantísimo Jesus tomara materialmente á los discípulos, los colocara sobre sus hombros amorosos, y sin que ellos de su parte pusieran cosa alguna, los trasladara al lugar destinado para la manifestacion de su gloria; digo sí, que viendo la pronta y ciega sumision con que siguen el impulso de la vocacion, tomó de su cuenta el remover todos los obstáculos, suavizar todas las asperezas, desvanecer todas las dificultades, como lo hace constantemente con todos y cada uno de los mortales en iguales circunstancias. Ni la distancia, ni la escabrosidad, ni la elevacion del monte, nada los detiene, nada es capaz de hacerles prever la menor molestia; todo está para ellos llano y expe-

(1) *Matth. c. 16. v. 27.*

dito, todo les parece suave y delicioso. Dichoso, repito, mil veces feliz el hombre que sin oponer la mas leve resistencia, sin que le ocurra la menor duda, se presta con una completa docilidad á las inspiraciones, por cuyo medio le prepara la divina Providencia la subida al monte santo por la senda de la verdadera y sólida virtud.

Es preciso confesar que la subida es áspera, sumamente difícil, porque el monte es muy elevado. ¡Qué penosos sacrificios no exige la práctica de una sólida virtud! ¡Romper los fuertes lazos con que el mundo nos tenia aprisionados! declararse á sí mismo la guerra mas obstinada y sangrienta! ¡contradecir á todas las inclinaciones que se han recibido con la naturaleza! ¡privarse voluntariamente de todo cuanto deleita al sentido y á la imaginacion, y sujetarse por eleccion propia á lo que mas aflige y mortifica! Difícil, escabroso, vuelvo á decir, parece seguramente el ascenso de tan elevada montaña. Así por lo ménos opina, tal le parece al miserable, que perfectamente hallado con los bienes aparentes del mundo, no se decide á renunciar su posesion para siempre, ó á lo mas, resistiendo á la gracia inapreciable de la divina vocacion, comete la imprudencia de retardar esta empresa para el tiempo de su vejez, en que empieza á entibiarse ó extinguirse del todo sus pasiones. Mas ¡bajo cuán diferente aspecto se manifiesta á las almas felices, que reconociendo la voz encantadora de su Dios, la siguen sin repugnancia, la obedecen sin detencion, se apresuran á poner por obra cuanto exige de ellas! El Señor en premio de su obediencia las toma por la mano, como que marcha delante de ellas, allanando, suavizando, sembrando de flores, de dulzuras, de satisfacciones el camino, y presentándoles á cada paso nuevas delicias, á cuya vista léjos de sentir el menor cansancio, se reaniman, se enardecen, corren presurosas, llegan con demasiada facilidad á la cumbre, donde consiguen ver la gloria del Señor.

Luego que llegan los tres discípulos al Tabor, los hace Jesucristo espectadores de la escena mas encantadora, la mas sublime, la mas gloriosa que pudieran imaginar. Es cierto que no les descubrió la gloria toda de su alma, porque eran absolutamente incapaces de conocerla por entónces; pero permitió que en su divino rostro y en sus vestiduras se manifestase algun rayo de aquella brillante claridad, semejante en todo á la que

por necesidad resultará en los cuerpos de los bienaventurados de la suma é incomprensible gloria del alma, verificada su reunion. Y esta sola vista es á los discípulos tan extraordinariamente deliciosa y satisfactoria, que absorbe por de pronto todas sus potencias, sacia todos sus deseos, les hace creer que han llegado al colmo de su felicidad. No es extraño: no siendo capaz el hombre en esta vida de formar idea alguna de aquella gloria inefable, que solo puede conocerse en la otra, el Evangelio por no dejarnos sin noticia alguna acerca de un negocio tan interesante, elige entre las cosas materiales aquellas cualidades que nos parecen acercarse á lo sumo de la perfeccion, como es por ejemplo el brillante resplandor del sol y la sin igual blancura de la nieve, y comparando á Jesus con uno y otra, nos dice que su rostro nobilísimo resplandecía, despedia rayos tan claros y fulgentes como los de aquel, y sus vestiduras no cedian en albor á esta. Pero estas comparaciones son demasidamente débiles: cuanto hay de hermoso, agradable y digno de admiracion en todos los seres materiales, todo es imperfecto, grosero y despreciable, si se compara con el divino resplandor que de la gloria del alma se comunicará á los cuerpos de los bienaventurados. Así es que acostumbrados los apóstoles á ver el sol en su mayor claridad y la nieve en su mas perfecta blancura sin experimentar la menor admiracion, al ménos extraordinaria, se sienten enajenados, absortos en una especie de embriaguez la mas satisfactoria, considerando el rostro y vestiduras de su maestro trasfigurado.

Muy semejante á esta suele ser la situacion de algunas almas que, vencidas las dificultades que el enemigo les oponia al emprender el camino de la virtud, han conseguido con la gracia del Señor hacer admirables progresos en su ejercicio, de modo que puede decirse que han arribado á la cumbre. Feliz situacion! Allí es donde se les presenta el Señor gloriosamente trasfigurado: allí experimentan la verdadera fragancia, la exquisita suavidad, la incomparable dulzura, la felicidad dichosa de su estado. Los tesoros, los deleites, los honores, toda la gloria del mundo es ya para ellas una escoria, una inmundicia, una miseria, un peso insoportable. Todo les es indiferente, despreciable, odioso en comparacion de las delicias que les proporciona el ejercicio de la virtud. Á pesar de eso no deben confiar en ellas demasiado, puesto que no es esa la gloria á que son llama-

das. Aún no han concluído su carrera, no han cesado todos los peligros, los enemigos no han abandonado absolutamente el campo, y es seguro que, por reparar la humillacion de las anteriores derrotas, acometerán de nuevo con un furor desesperado, tomando diversas, pero mas exquisitas precauciones. Disfrazado el amor propio con la máscara de la virtud, intentará seducirlas; y cuando el Señor por medio de sus inspiraciones ó por la voz de sus ministros les haga conocer la necesidad indispensable de negarse á sí mismas, contradecir con mayor ahinco sus deseos, morir al mundo, conformarse con la conducta de Moises y Elías, que viendo al Salvador en el acto glorioso de su trasfiguracion, ni pensaban, ni hablaban de otra cosa que de los azotes, de las espinas, de los clavos, de la cruz, de la muerte que debía padecer en Jerusalem; entónces tal vez cerrarán los oídos á unas palabras tan melancólicas, como lo hacian en el Tabor los tres discípulos, y ocupadas exclusivamente de la tranquilidad y dulzura de su estado presente, exclamarán como aquellos, sin advertir que se oponen á la expresa voluntad de su Dios: *Domine, bonum est nos híc esse*: dejádnos, Señor, en este estado, y librádnos de todos los trabajos, miserias y padecimientos de esta vida; no nos obliguéis á abandonar esta venturosa situacion.

Tal era la impresion que en las almas de los privilegiados apóstoles causaba la trasfiguracion del cuerpo de Jesucristo, que esperaban gozar allí un dia eterno, que nada les dejase que desear y borrara de su memoria hasta la idea de las necesidades mas indispensables de la vida. Contémplanse colocados en la cumbre de la felicidad, y solo aspiran á perpetuarla; pero este mismo deseo hace que por su indiscrecion cambie repentinamente la escena, y desaparezca de su vista el objeto portentoso en que ponian toda su complacencia. Una densa nube, si bien por otra parte luminosa, oculta de improviso á sus ojos aquella vision sorprendente. Á la inefable satisfaccion que los tenia como enajenados, sucede una especie de terror que los hace caer en el suelo sin sentido, y las amorosísimas expresiones con que el Unigénito de Dios, lleno de dulzura y suavidad, procuraba atraerlos, son reemplazadas por una voz aterradora, que como un espantoso trueno sale de los labios del eterno Padre, que lleno de severidad les dice: *hic est Filius meus dilectus... ipsum audite*. Que es como si dijera: ¡tendréis la osa-

día de oponeros abiertamente á los eternos é infalibles desig-nios de la Providencia? Vuestro sapientísimo Maestro os ha anunciado repetidas veces su pasion y muerte afrentosa, como el único medio de proporcionar la bienaventuranza á todos los hijos del primer pecador; la ley toda de Moises es una viva y expresa representacion de esto mismo; los profetas lo aseguran con la mayor claridad y frecuencia; y ¿vosotros pretendéis retraer el obedientísimo Jesus de su viaje á Jerusalem, solo por gozar una débil sombra de la felicidad que aquel ha de reportaros? Conocéd vuestra indiscrecion y tenéd entendido que vuestro Maestro, á quien veis glorificado, es el Unigénito de Dios, un mismo Dios con el Padre eterno, la verdad por esencia, la sabiduría infinita, el único oráculo que debéis escuchar: *Ipsum audite*. Oid pues sus palabras, seguid sus consejos, obedecéd sus mandatos, y despreciád con resolucion las sugestiones del amor propio y del interes que promueve Satanás, para convertir en un medio de condenacion la felicidad misma de vuestro estado presente.

Oídle, almas justas, y no creáis que vuestra felicidad está vinculada á esas consolaciones transitorias que os suele dispensar el Señor, acaso sin otro objeto que el de reanimar la tibieza y debilidad que mostráis en los ejercicios espirituales. Oídle, y recibiendo con humildad esos consuelos, no tratéis de exigir como de derecho su continuacion. Oídle, no sea que envíe sobre vosotros la nube de la tribulacion que convierta vuestro gozo en una amargura insoportable; no sea que de lo contrario le pongáis en la precision de cambiar en severidad su ternura, y de haceros conocer por experiencia que es indispensable el viaje á Jerusalem en busca de la cruz. Oídle, puesto que sabéis que es la sabiduría infinita, y persuadíos á que la verdadera gloria no puede disfrutarse en esta vida mortal: conocéd por último que el mundo es un campo de batalla, en que nunca debe cesar el combate contra nosotros mismos, que solo perseverando hasta el fin podemos asegurar la eterna bienaventuranza.

Oigámosle con docilidad. ¡Infeliz el que rehuse reconocerle por Unigénito de Dios, juez y salvador de los hombres! Desdichado! pues desde aquel momento fulminó contra sí mismo la sentencia de eterna reprobacion (1). Oigámosle, y dejémonos

(1) *Joann. c. 3. v. 18.*

conducir ciegamente por su mano. El camino en los principios es indudablemente áspero, escabroso, molesto; pero siguiendo sin intermision sus inspiraciones y llamamientos, nos tomará él mismo por la mano, caminará delante de nosotros, suavizando la aspereza, allanando la escabrosidad, cambiando en delicias la molestia de las mortificaciones que conducen á la cumbre de la virtud; y nos colocará sin el menor trabajo en el monte del cielo, donde bebiendo á torrentes las dulzuras de su gloria, penetrados de un júbilo inmenso, indecible, infinito, exclamaremos con mas sólido fundamento que los discípulos: *Domine, bonum est nos hic esse. Amen.*

SERMON.

EL DESPRECIO Á LOS LLAMAMIENTOS DE DIOS CONDUCE Á LA IMPENITENCIA FINAL (1).

PARA EL LÚNES DESPUES DE LA DOMINICA SEGUNDA
DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Quæretis me, et in peccato vestro moriemini.

Me buscaréis, pero inútilmente, porque moriréis en vuestro pecado.

S. Juan, c. 8. v. 21.

Ya se acerca, cristianos, el tiempo de vuestra feliz y dichosa reconciliacion. Van á desvanecerse completamente las densas tinieblas, que han ocultado á vuestros ojos los hermosos rayos de aquel Sol, que con su presencia llena de alegría el corazon de todos los vivientes. Van á romperse las cadenas con que habéis gemido tanto tiempo, oprimidos bajo la mas cruel é infame esclavitud. La mas piadosa y amante de las madres no se contenta con renovar la memoria de la pasion dolorosa, de la inhumana muerte del Salvador, y recordar el apreciable misterio de nuestra maravillosa redencion; se empeña, digámoslo así, en reproducir estas ideas, grabándolas en nuestro corazon de un modo indeleble; desea que nuestras almas sean lavadas de nuevo con la sangre del Cordero inmaculado; quiere sacarnos del estado lastimoso de pecadores y devolvernos la preciosa vida de la gracia y el derecho á la gloria, que teníamos ya del todo perdido. Á este fin nos priva por espacio de cuarenta dias de

(1) Sobre este mismo asunto y para el mismo dia se halla otro sermon en la página 457 del tomo tercero de los de *Mision*.